No más solitario



Mayo 10 *Carlos Alberto Casillas vive en Veracruz, México*

La vida de Alberto ha sido difícil y triste. Como hijo único de una familia con problemas de comunicación, a menudo se sentía infeliz y solitario. Se consideró más aislado aún cuando rehusó aceptar las drogas que le ofrecieron sus compañeros de clases. Se le habría hecho fácil meterse en el mundo de las drogas, pero Alberto sabía que allí no encontraría la solución de sus problemas. Él comprendía que si no se respetaba a sí mismo, tampoco los demás lo respetarían. Tenía razón, pero no podía vencer su sentimiento de soledad.

Cuando Alberto tenía quince años, su padre abandonó el hogar. El joven se sintió desbaratado. Su madre estaba demasiado atareada para ocuparse de él, ya que debía luchar con su propia angustia y trabajar para suplir las necesidades de Alberto y de la abuelita.

La mamá trabajaba como enfermera para una familia con un hijo que sufría de una severa lesión cerebral. A menudo Alberto se detenía en esa casa, después de salir de clases, y esperaba que su madre terminara el trabajo del día, para caminar con ella de regreso al hogar. A veces, la familia del niño enfermo le hablaba de Dios a Alberto. Le dijeron que Dios es amor, y Alberto escuchó esas palabras con tantas ansias como cuando un alma sedienta percibe el sonido del agua.

Alberto deseaba conocer mejor a Dios; quería saber si Dios de veras se interesaba en un muchacho perdido y solitario. La familia del enfermo lo invitó a visitar su iglesia, y él aceptó. Pero se sintió incómodo en medio de personas que actuaban de manera tan extraña como parte de su adoración. Luego uno de los miembros de la congregación le dijo que si no hablaba en lenguas era evidencia de que no conocía a Dios, y terminaría en el infierno. Esto aterrorizó al joven, quien razonó que su vida ya era un caos, y no se creía capaz de lidiar con una religión caótica. Entonces decidió esperar hasta tener más edad y poder así comprender mejor estas cosas. No obstante, todavía anhelaba conocer a Dios.

Una respuesta a la oración

Un tiempo más tarde una familia adventista visitó a la familia de Alberto. Vivían en el vecindario e invitaron a la mamá de Alberto, a la abuelita y al joven para que asistieran a una serie de reuniones que tendrían en su casa. Alberto y la mamá fueron a la primera reunión; pero la madre todavía se sentía demasiado estresada por la pérdida de su esposo y el cuidado del muchacho y la abuelita, como para continuar asistiendo.

Alberto siguió frecuentando las reuniones, pero algunas cosas lo confundían. La gente estudiaba el libro de Apocalipsis, un libro que él nunca había leído. Además, hablaban de la importancia de guardar los Diez Mandamien-

tos; pero el joven recordaba que en la otra iglesia enseñaban que los Diez Mandamientos ya habían sido abolidos. ¿Por qué las dos iglesias tienen que ser tan diferentes? se preguntaba Alberto. ¿Cuál de las dos está en lo cierto? Pero continuó asistiendo a las reuniones, buscando algo —o mejor dicho buscando a Alguien— en quien pudiera confiar para que le mostrara el camino que debía seguir.

Luego Alberto conoció a Jorge, un joven con quien le pareció que podría amistarse. Jorge le ofreció estudiar la Biblia con él, y Alberto aceptó. Tal vez Jorge le podría ayudar a descubrir quién es Dios y qué espera de él.

La madre acompañó a Alberto y Jorge durante los estudios bíblicos, pero la abuela rehusó unirse con ellos. Se sentaba sola en su cuarto cada vez que Jorge llegaba. Alberto aceptó cada una de las nuevas verdades. Sin embargo la mamá siguió trabajando los sábados porque le costaba creer que Dios pudiera desear que abandonara el empleo que sustentaba a la familia.

Alberto comenzó a asistir a los servicios de adoración que se celebraban en la casa de Jorge. Allí encontró paz y una tranquila seguridad que alimentaba a su alma. Pero su mamá preparaba comida y vendía los alimentos en sábado. Para ello necesitaba que Alberto le ayudara a entregar los pedidos. De mala gana el joven obedecía a su madre y entregaba los alimentos en sábado. Alberto asistía a la iglesia únicamente los sábados cuando su mamá no preparaba comidas.

Una familia unida

En el hogar no había paz: la madre y la abuela de Alberto discutían mucho. Cierto día la mamá le dijo a su hijo que anhelaba profundamente hallar paz para su vida. Él le contestó que había encontrado paz mientras adoraba a Dios en compañía de los otros creyentes, y le sugirió que adoraran juntos al Señor los sábados. Ella estuvo de acuerdo.

Pocas semanas más tarde asistieron juntos a una serie de reuniones evangelizadoras. En el transcurso de una de ellas la madre se puso a llorar. En voz muy baja le dijo a Alberto que se sentía como si nadie la amara. El joven le contestó que Dios sí la amaba. Al final de esa reunión su mamá le suplicó a Jesús que la aceptara como hija suya.

Para sorpresa de Alberto, su abuelita comenzó a estudiar la Biblia. Al cabo de varios días dejó de discutir por cuestiones religiosas y empezó a frecuentar los cultos adventistas. Ella también le dio su vida a Cristo. Entonces la madre, la abuelita y Alberto fueron bautizados juntos.

—Ya no soy más un muchacho solitario —testifica Alberto—. Nuestra familia vive en paz y está unida por los lazos de nuestra fe en Dios.

La iglesita de Alberto cuenta con 26 miembros, Ya no caben en la casa donde se congregaban, pero no tienen un edificio de iglesia. Se reúnen debajo de una lona en el patio de la casa de Alberto. Están orando para que la ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre les ayude a comprar un terreno y construir una iglesia donde puedan seguir creciendo.